

inscripciones os ayudarán al dar con ellos; mas procurad prescindir de su auxilio. Creedlo, no andaréis mucho tiempo sin caer en las estepas desoladas, en los pantanos brumosos, en las soledades infinitas: compadeceos en este caso al viajero que no sabe andar sino dirigido por rótulos ó piedras miliars. Desgraciados si vosotros mismos no lleváis una brújula segura; quizá os veréis obligados a fiar vuestra salvación en salvador de casualidad, que estará apenas menos extraviado que vosotros.

Comprimos y probad con el ejemplo esta verdad capital, de que si uno aprende á caminar, á saltar, á empuñar una espada, andando, saltando, meneando la espada, no existe sino una manera de aprender á vivir noblemente, y es la de obrar noblemente tantas cuantas veces haya para ello ocasión. Si llegado á la edad viril, os sustraéis de la primera prueba con que topáis, más débil seréis con la segunda, y si continuáis esquivando las sucesivas, caeréis en la bajeza. Acaba el nadador por vencer la corriente de la marea, oponiendo una y otra vez su pecho á las olas más encrespadas; pero si siempre nadáis en aguas tranquilas, seguramente no tendréis valor en el momento que las olas estén furiosas. Y no creáis que puedan ayudaros á marchar hacia la santidad nociones generales sobre el pecado, sobre la salvación; si el viajero sucesivamente no ve pasar detrás de sí todas las piedras miliars, es porque se queda estacionado; de la misma manera en este gran viaje de una noble vida, es necesario que uno después de otro, desaparezcan todos vuestros pequeños defectos, de no, estáis perdidos.

XIII

Aconseja Richter contra el desaliento este excelente consejo: el de evocar en las horas más tristes el recuerdo de las más dichosas. De igual manera, en los diversos estados de abatimiento, en la atmósfera á veces corrupta de las ocupaciones diarias, bueno es estar alentado, como santa y purificadora influencia, por un elevado ideal de la vida, expresado bajo una forma enérgica y viva. Llevan sobre su corazón los supersticiosos un amuleto: llevad en el vuestro un tesoro de palabras santas, y estaréis protegidos contra el mal mucho mejor que un monarca por las amenazadoras bayonetas de su guardia. Hallaréis consejos semejantes en muchas partes, en Kalidasas y Sakyamouni para el oriente, y para el occidente en Pitágoras, Platón, Epitecto. Si sois un poco leídos, si no os de-

jáis seducir por el brillo de novedades pretenciosas, desde joven no dejaréis de enriquecer vuestra memoria con hermosos textos del Testamento Antiguo y del Nuevo. Solamente como la Biblia es un libro voluminoso (en el fondo más que libro es una gran literatura encerrada en espacio himitado) lo mejor será que os indique algunos libros ó capítulos; mucho ganaréis con tenerlos grabados en vuestro espíritu antes de ponerlos en contacto con esas personas de moralidad grosera, de bajas aspiraciones, de temperamento indiferente, que se acostumbra á llamárselas personas de la buena sociedad.

Va en primer lugar, esto de puro sabido debiera callarse, el sermón de la Montaña, después el capítulo XIII de la Epístola primera á los corintos, el Evangelio de San Juan, las dos Epístolas á Timoteo, el capítulo octavo á los romanos, el quinto y sexto á los efesios, los mismos capítulos de la Epístola á los gálatas.

En cuanto al Testamento Antiguo, revélanos claramente la experiencia diaria la profunda sabiduría del libro de los proverbios. Acuérdomes del difunto Lee, nuestro llorado director, conocedor admirable de Escocia, diciendo convencido, que, en gran parte, debía nuestro país, su conocida perspicacia, á su antigua familiaridad con este código de sabiduría práctica, impresa antes aparte y que se encontraba en el bolsillo de todos los escoceses.

Los Salmos del rey-poeta estan sin duda indicados para las horas de meditación y de recogimiento. Recomendando, entre otros, como los más propios para inculcar en el alma de la juventud un espíritu de piedad profunda y verdaderamente *católica* el I, VIII, XIX, XXIV, XXXII, XXXVII, XLIX, LI, LIII, XC, CIII, CIV, CVII, CXXI, CXXXI, CXXXIII. No basta con leerlos frecuentemente, con el fin de enriquecer la vida del alma de una piedad fecunda y generosa; se debe además cantarlos con su propia música, y crearse así como una atmósfera habitual de elevados y puros sentimientos, y de la cual se sacará el alimento de una más elevada vida espiritual.

Es ésta una especie de *higiene por medio de emociones* que Platón, el gran pagano, elocuentemente recomienda en alguna de sus sabios capítulos de su sublime *República*, pero que nosotros cristianos ingleses, á pesar de nuestras pretenciones, parece que hoy distamos algo en comprender.

XIV

Quizá por la noble grandeza de la vida, una